

## LA GUERRA DEL AIRE ACONDICIONADO

En el país vecino el mes de julio – recordemos 1789 y 1830 – siempre ha sido un mes acalorado. Si ayer las calles ardían con pólvora en las barricadas, hoy arden como consecuencia del cambio climático. Suele decirse que “el tiempo está loco”, pero quienes están locos son quienes niegan la evidencia del cambio. El planeta se calienta y los ánimos de los políticos franceses se enardecen ahora discutiendo sobre las ventajas y los inconvenientes del aire acondicionado. A favor la derecha, en contra la izquierda ecologista. Estos afirman que las casas se enfrían, pero se arroja el calor interno a la atmósfera calentando aún más la envoltura comunitaria. O sea, pan para hoy y hambre para mañana. La derecha – todos somos hoy un poco burgueses – defiende la comodidad doméstica. Sócrates llevaba el mismo vestido cuando hace la calor y cuando los campos se cubren de nieve. Claro está, ello es una de esas rarezas propias de los filósofos que se caen en las zanjas por mirar las estrellas. Ahora bien, aquel tábano ateniense acostumbraba así al cuerpo a resistir ambos extremos. ¿Acaso no se arrojan desnudos los escandinavos a las aguas heladas de los ríos? ¿Y los beduinos del desierto no se cubren de ropas como si fuesen momias? Ciertamente vivimos ahora en unos tiempos escasamente románticos. Ya no usan las damiselas el lenguaje del “ala aleve del leve abanico”, más que por darse aire, para coquetear con los varones. Sin embargo, la condición del aire acondicionando debe ser la medida. No es preciso ponerse el abrigo al entrar en casa. Ni tan calvo ni con dos pelucas.

Pablo Galindo Arlés  
19 de agosto de 2025